

EL
VIERNES DE DOLORES
Ó RECUERDO
DE LA AUGUSTA MADRE DE DIOS

AL PIE DE LA CRUZ,
PARA TODOS LOS VIERNES DEL AÑO.

ACTO DE CONTRICION.

POR QUÉ, Dios de bondad y de infinita misericordia, por qué te he desconocido tanto tiempo? ¿Por qué he abandonado la casa de mi Padre y he ido á dilapidar en el seno de amargas delicias los dulces y magníficos tesoros con que me enriqueciste? ¿Qué alucinacion funesta me ha dado el triste y fatal valor para despreciar tu cólera, á la par que he desagradecido tus beneficios.....? Apenas la razon ha derramado su luz en mi inteligencia, y mi

carazon se ha abierto á la impresion de tus afectos de que es susceptible por la naturaleza, mis delirios, mis vergonzosos delirios y mis delitos pueden contarse por los instantes de mi vida. Mañana, he dicho, mañana pondré término á mis extravíos: mañana romperé los lazos que me ligan en el espantoso círculo del crimen; pero la aurora de un nuevo dia me ha sorprendido siempre en medio de mi obstinacion.

Y tú ¡gran Dios! tú has presenciado el extravío de esta hechura de tus manos! Tú me has visto correr delirante en pos de todos los placeres! ¡Tú has sido testigo de mi rebelion; y sin embargo, desde la cumbre sangrienta del Gólgota, desde el cadalso levantado para tí con mis propias manos, allí cercado de angustias, cubierto de amargura, devorado por la sed, sangrando tus heridas abiertas por mí mismo..... tú desde el patíbulo en que yaces, le pides á tu Padre celestial perdon para el ingrato.....!!!

¿Y todavía ¡Dios mio! todavía mi alma vivirá sometida á la cruel influencia del crimen? ¿no arrojaré aún el duro y feroz yugo del vicio? ¡Oh! quiero ya volver al regazo del mas dulce Padre á quien he abandonado: de mi Padre que tan tiernamente ha suspirado doliéndose de mi perdicion, y que por salvarme aceptó gustoso todos los tormentos, hasta el afrentoso suplicio de la cruz.

Sí, Dios mio, ya me arrepiento de haberte abandonado; me pesa la ingratitude con que he correspondido á tu paternal ternura: me duele haber vivido tanto tiempo lejos de tí. Oye, pues, compadecido mi plegaria y no cierres tus oidos á mis dolientes gemidos. Acepta mis lágrimas, las lágrimas sinceras de mi arrepentimiento. Para que ellas sean aceptas á tus ojos, desde hoy las deposito en las manos de la mas pura, de la mas bella, de la mas tierna Madre, de esa Madre tuya y á quien con el mismo dulce título me la dis-

te y me recomendaste desde la cruz próximo á la muerte. *María*, la amabilísima *María*, es quien va á presentarte mis suspiros y el llanto de mi arrepentimiento. Por su maternal mediacion confio que atenderás, Dios de bondad, á mis ruegos, y asistiéndome con tu divina gracia, podré resistir á las turbulencias de mi vida; y cuando la muerte venga á cerrar mis ojos sobre la tierra, me encontrará á la sombra de ese madero sacrosanto en que has muerto por mi amor, y de allí, á tu lado, y de la immaculada *María*, mi Madre, podré partir á la morada celestial, á unir mis alabanzas con las de los ángeles que te adoran sin cesar.

Concluido el acto de contricion, se rezan siete Ave Marias y Gloria Patri, en recuerdo de los siete dolores de la augusta Madre de Dios, y se ofrece con la siguiente

ORACION.

Madre inconsolable, *María*; sacrosanta

reina de los mártires, del dolor y del infortunio, ¿qué amargura es comparable á tu amargura? ¿qué lirio mas bello ha sido nunca mas combatido por la tempestad, ni qué palmera mas gallarda y gentil ha doblegado su frente á impulso del huracan desencadenado? Ninguna nube mas tempestuosa ha nublado nunca la faz argentada de la luna, y no ha habido otro rosal mas hermoso que así haya visto palidecer sus purpurinas flores al viento abrasador del torbellino!

Raquel, habiendo perdido á sus hijos, hace estremecer el desierto con el desgarrador acento de sus gemidos; enmudecer á los vientos con los gritos amargos de su dolor, y no sufrió, sin embargo, tanto como tú. Ni Agar, que en medio de una llanura abrasadora, vuelve sus espaldas para no presenciar la muerte de su hijo devorado por la sed, y cuando agotada la leche de sus pechos, no puede refrescar los moribundos labios del hermoso

fruto de sus entrañas; ni David, que quisiera sustituir á Absalon en el sepulcro, y exclama entristecido: "*hijo mio! hijo mio! quién me diera morir por tí!*" ni Noemi, que no quiere se le llame hermosa sino amarga, porque el Omnipotente la ha llenado de grande amargura; la heroica madre de los Macabeos, que, ve despedazar á sus siete hijos por la mano del verdugo, como destruye la embrevecida tempestad la hermosa corola de las flores: ni todos los mártires juntos; ni todas las madres que han velado inconsolables junto al ataúd de sus hijos y van á llorar todos los dias sobre la losa de sus tumbas, han sufrido nunca como tú; porque el cielo ha llenado de amargura tu cáliz y tambien has sido saciada bebiéndolo hasta las heces; pero no con la amargura que apuraron Raquel y Agar, Noemi y David, la madre de los Macabeos y todos los mártires, sino con una amargura superior á toda amargura.

¡Ah! con razon el llanto brota á torren-

tes de tus ojos celestiales! Tu hijo, el mas bello de los nacidos, yace suspendido de la cruz; y ese Mártir sacrosanto, inmolado por salvarnos, solo tiene en su derredor una multitud que insulta su agonía, una turba desenfrenada que se burla de sus dolores, y que desafiando su humildad y su inocencia, está orgullosa de haberlo confundido con los criminales y de tratar como sedicioso y perturbador al que vino á traer la *paz*, la *luz*, la *salud* al mundo.

Abraham por mandato de Dios, levanta su brazo armado para dar muerte á su hijo; pero un ángel detiene la trémula mano del anciano siervo del Señor, y la vida de Isac vuelve la tranquilidad al corazon del angustiado padre. ¿Pero tú...? ¿pero tu hermoso Hijo.....? él solo expía el crimen del universo, y tú junto á la cruz, cooperas con tu dolor á la redencion, consumada á costa del mas terrible y sangriento sacrificio.

Ni una queja se escapa de tus purpúreos labios: en pié, inmóvil, presa del tormento mas cruel, fija tu mirada dolorosa en tu moribundo hijo, llenos de lágrimas tus ojos, pálida como la rosa herida por el rayo, escuchas silenciosa el testamento sagrado del Primogénito de los muertos, del Hombre celestial á quien mil veces cuando niño llevaste en tus brazos maternales; de tu Hijo, tu único consuelo, tu sola alegría; el que fué tu encanto desde que lo contemplaste á la luz de los cielos en la gruta de Belem: por quien huías á Egipto para librarlo de la cuchilla de un verdugo orgulloso; tu Hijo, en fin, á quien lloraste perdido en los caminos de Jerusalem y Nazaret: él, tu dulce compañero en el callado retiro de tu humilde albergue; aquel cuyo sueño velaste mil veces tiernamente, y cuya mirada celestial endulzaba en tu corazon el oráculo amargo de los profetas.

Ahora desnudo, devorado por la sed,

herido, dolorosamente herido desde la cabeza hasta los piés, suspendido de la cruz, presa de toda la tremenda cólera del cielo, no te es dado libertarlo de sus enemigos; no te se permitirá consolar su agonía, sino solo sufrir con él. Allí no volverás á oír el dulce título de Madre, nombre precioso con que los labios de tu Hijo te saludaron en otros días mas dichosos, y cuyo recuerdo viene hoy á atormentarte mas y mas. Nada... nada hay en tu derredor que pueda compararse á tu dolor y consolar tu amargura. ¡Ah! ¿y por quién, angustiada Madre mía, por quién has aceptado esos sufrimientos sin igual, ó quién ha llevado á tus labios virginales tan amarga copa? ¿quién es el insensible y cruel que no ha vacilado en inundar de lágrimas tu rostro mas bello que los lirios, mas resplandeciente que la luz; y herir tu corazón, santuario precioso del amor, de la ternura, de la sensibilidad y de la virtud? ¡Ah!... yo, solo yo te he sumergido

en ese océano insondable de amargura; por mí sufres ese dolor sin semejante; á mí tienes presente al pié ensangrentado de la cruz, y me aceptas por hijo. ¡Cuánta bondad en tu corazón! ¡cuánta ingratitud y perfidia hay en el mio! Sí, reina inmaculada de los Dolores, reconozco que por mí eres víctima de ese martirio espantoso que arrostras por mi salud, y no puedo menos que ceder al reconocimiento á que me impulsan tus indecibles dolores y tu generosidad maternal.

Es verdad que yo te he arrebatado á tu Hijo y lo he entregado al doloroso dominio de la muerte: por mí sufres y con él tú sufres viéndolo cercado de tormentos; pero si es cierto ese crimen perpetrado por mi ingratitud, tambien es cierto que tú aceptas con compasion el llanto del que se arrepiente, y lo presentas ante el trono de tu Hijo.

Muy tarde quizá he vuelto mis ojos al Calvario: obstinando en el mal, no he de-

tenido mis miradas en ese terrible monte donde yaces cubierta de amargura; pero, Madre mia, ya vuelvo mis pasos para colocarme á tu lado y participar de tus sufrimientos. No me rechaces, Madre mia; déjame vivir contigo en esa afrentosa montaña, quiero participar de la dulce afrenta de la cruz, quiero vivir en ese sitio ignominioso, tumba infame de los criminales, pero hoy santificado por la muerte del Hijo de Dios, y donde la inocencia misma se ofreció en holocausto para calmar la cólera del cielo.

Tiende una mirada á tu pueblo, á este tu pueblo nutrido con las bienhechoras doctrinas de tu Hijo; no consientas que se aleje de la religion católica, apostólica, romana que profesa: mira el llanto de la Iglesia, que angustiada vé levantarse contra ella á sus hijos descarriados, como la deicida Jerusalem se levantó apedreando á los profetas y despues pidiendo la muerte de tu Hijo. Ilumina el entendimiento

y rectifica el corazon de nuestros hermanos á quien el error aparta del rebaño del Señor. Ruega por ellos para que te amen, y así á la luz de la verdad. Bien ves el cúmulo de males que pesan sobre nosotros; es cierto que son la obra funesta de nosotros mismos y que mas hemos merecido por nuestros crímenes; pero tambien es cierto que si sinceramente nos acogemos á tí, nos salvarás de la borrasca. Oye nuestra plegaria y no apartes de nosotros tu bienhechora mano, sino antes bien tiende la generosa en favor de los que en tí confiamos, para que asidos de ella y sostenidos por tí, con la sinceridad de nuestro dolor, consolemos tus dolores, y de la cumbre del Gólgota partamos al reino celestial, á alabarte eternamente como á reina de los mártires, como á consuelo de los afligidos, como á auxilio de los cristianos y como á la mas dulce madre que el Salvador del mundo pudo darnos en prueba de su amor, cuando cercano á la muerte te encomendó á nosotros desde la cruz.